

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

54. HUIDA



TRAS FINALIZAR de leer aquellos renglones, donde se advertía el temblor progresivo de la mano del barón, me sentí presa de un violento acceso de terror; un impulso casi irresistible de escapar de lo desconocido.

Pero la fuerza centrífuga, emanada de atávicos instintos de conservación, cedió ante la centrípeta atracción de los abismos. Y, mientras el cirio negro se consumía, impregnando la atmósfera de un aroma enervante, inicié la lectura del infame *Necronomicon*...

.....

CUANDO, desfallecido, exprimido de toda capacidad de humana sensación, aparté los hinchados ojos de aquellas páginas malditas, y por azar los posé en la esfera de mi reloj, debió transcurrir más de un minuto antes de que concediera crédito a lo que veía.

¡Pues las agujas señalaban las once y treinta y cinco; y en el diminuto rectángulo que indicaba día y fecha se leía: *viernes 29!... ¡Y yo había penetrado en la mazmorra alrededor del mediodía del 27 de octubre!*

—¡Dios... mío! —musité.

¿Era posible aquello? ¿Habían transcurrido realmente más de treinta horas? ¿Pude aislarme así de todo lo demás..., incluso de las necesidades del cuerpo?

Desprendí el broche de la pulsera del reloj y me lo quité de la muñeca. En la bruñida superficie de acero inoxidable, al reverso de la carátula, vi reflejada una máscara barbuda, demacrada y con ojos inyectados en sangre.

—¡Oh, mi Dios, mi Dios, mi Dios!...

ME APRETÉ la cara entre las manos hasta que me dolió. Con los párpados obstinadamente unidos, sacudí varias veces la cabeza. Pero resultó inútil: nada de aquello podría borrarse; lo sabía.

El cirio negro, reducido a un quinto del tamaño original, se erguía obsceno sobre un aglutinamiento de nauseabundo sebo derretido. Mi propia sombra, contra el muro de piedra, adquiriría contornos de pesadilla...

Entonces se desplomó de un golpe sobre mí todo el peso de la soledad en que me

hallaba, abandonado a mis recursos en esa cripta lúgubre, poblada de monstruosa erudición... Sentí que hasta los mismos huesos se me estremecían en las articulaciones.

Sin poder soportar más la angustia que me embargaba, huí..., corrí, incapaz de superar aquel espanto puramente animal, y me eché fuera de ese lugar abominable.

La extraña puerta de ébano no ofreció resistencia. Volví a pasar junto a la repugnante momia de Elizabeth Bathory..., sacrílegamente profanada por la necrofagia de Larios Bathory, su propio descendiente... El pasaje secreto, por fortuna, no había vuelto a ser obstruido por el barón: divisé luz del otro lado. Corrí a través de él y me apoderé del candil que hallé a la salida.

ME DETUVE para orientarme, en el penumbroso recinto de planta circular donde, ocupando sendos nichos, se encontraban las antiguas celdas subterráneas. Trabajo me costaba reprimir la náusea, frente a la fetidez circundante; pero logré sobreponerme y llegar a la escalera que conducía hacia los niveles superiores.

Indiferente al dolor que me invadía cada músculo, cada tendón, emprendí el ascenso. ¡Tenía que salir de allí!

Por fin, jadeante, alcancé la habitación secreta, donde en tiempos pasados se ocultaron los prisioneros, en espera de su rescate.

Entonces el corazón me saltó casi hasta los dientes.

En vano recorrí con la luz cada centímetro de la celda. ¡No conseguí hallar trazas del panel corredizo!

¿IRÍA A quedarme encerrado sin...?

El instinto, desbocado, inundó mi mente de acongojantes sugerencias... Presa de un pánico sin freno, vi como la luz del candil se debilitaba, parpadeaba tres veces y se extinguía.

En el corazón de la oscuridad, poblada inmediatamente de imprecisas monstruosidades amenazantes, me vino a la memoria uno de los más siniestros párrafos del *Necronomicon* :

Y estas criaturas, poseídas ya por completo del Espíritu Bestial insuflado por Ellos, no pueden combatir en su ser ese furor ingobernable de sacrílegas apetencias...

Entonces, con el fin de procurarse nuevas víctimas..., seres humanos que satisfagan su lujuria de corrupción..., se valen de galerías ocultas en los muros, de oscuros y hediondos túneles que excavan en la tierra, profanando a menudo la santidad de los sepulcros.

Y suelen caer sobre aquellos desdichados mortales a los que han sabido atraer, mediante astutos artificios, a sus trampas de perdición.

Y no se sacian, ¡oh, Maldición, estigma de los Infiernos que jamás cesal, hasta cebarse en el más execrable de los banquetes...

Porque a su naturaleza degenerada es tan imprescindible la carroña, como la luz del sol lo es a la Vida...

(Continúa)

¡TERRIBLES PALABRAS DEL LIBRO MALDITO, QUE EN MALA HORA VUELVEN AL RECUERDO DE POLETTI!... ¿SE QUEDARÁ ENCERRADO EN AQUEL LÓBREGO TÚNEL?... ¿A QUÉ ESPANTOSA AMENAZA ESTÁ EXPUESTO, INDEFENSO EN MEDIO DE LAS TINIEBLAS?... SIGUE: "OTRO MISTERIO QUE AÑADIR"... ¡LOS ENIGMÁTICOS SECRETOS DEL LABORATORIO DE SANDOR BATHORY!... ¡EXPERIMENTOS PROHIBIDOS, LINDANTES CON LA MONSTRUOSIDAD! ¡SIGA LEYENDO LAS ATERRADORAS INSTANCIAS DE LA HISTORIA DE TERROR MÁS IMPACTANTE DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS!... ¡SÓLO TIENE QUE HACER UN "CLIC" PARA CONTINUAR! ¡OSE!...

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com